EL CENSOR,

PERIÓDICO POLÍTICO

Y LITERARIO.

TOMO VI.

PASCUAL de GAYANGOS

MADRID, 1821:

En la Imprenta del *Censor*, por D. LEON AMARITA.

PARIS.

« Hæc fierent, si testiculi rena ulla paterni
Viveret *in nobis?*"

PERSIO.

Es un fenómeno bastante raro que la historia no dejará de consignar en sus anales, el ver á un mismo pueblo en el intervalo de 30 años convidar á toda la Europa á la libertad que él se habia adquirido, y hacer causa comun con los gobiernos absolutos para oprimir los principios constitucionales en los payses que han seguido su egemplo. La Francia de 1793 queria revolucionar toda la Europa: la Francia, de 1821 quiere esclavizarla, y no bajo su yugo, sino bajo el de las potencias á que mas debe temer ella misma; de modo que ni aun tiene la miserable disculpa de los ambiciosos consignada en la máxima de Cesar: *Si peccandum est, regnandi causa peccandum est.* Si Napoleon comprimió los principios liberales en todos los payses de Europa á donde alcanzó, ó su dominacion ó su influencia, á lo menos lo hizo con

miras de utilidad propia: su crimen fue el abuso de la fuerza, no la confesion de la debilidad. El gobierno actual de Francia es mas generoso: renuncia la libertad, ataca la libertad; pero no por sus intereses privados, sino para el bien y prosperidad de los gabinetes absolutos de Viena, Berlin y Petersburgo. ¡Quiera el cielo que estos gabinetes no le paguen tanto desinterés y desprendimiento en la moneda corriente en diplomacia! Y decimos *quiera el cielo*, porque estamos convencidos de que el equilibrio europeo, ya sumamente desconcertado, cesará de existir en el momento que la Francia deje de ser una gran potencia.

Pero ¿lo es en el dia? Vemos en el mapa un gran territorio: admiramos en la estadística inmensas riquezas industriales y mercantiles, inmensa y vigorosa poblacion: leemos con asombro en los libros la profunda sabiduria, el exquisito gusto, los portentosos progresos en artes y ciencias; oimos de los viageros todos los goces de la vida, todos los placeres de la civilizacion, todas las virtudes de la humanidad residen alli como en su centro: publicistas, literatos, poetas, aun de las na-

ciones que mas rivalizan con la Francia, repiten á cada paso que París es el centro del mundo social, y que la Francia es el primer pueblo del universo. El filósofo desea conocer y estudiar este pueblo; le examina bajo todas sus relaciones, y halla que no le han mentido los que le han informado; pero el político estudia su diplomacia, y ve con espanto que esa nacion tan sabia, tan humana, tan valerosa, tan extensa y tan poblada, está en el quinto grado de la escala europea, inferior al ruso semicivilizado, al austriaco mediterraneo, al prusiano cuya monarquia recien formada se compone de elementos heterogéneos todavia, y al altivo ingles que separado del continente, debe á su libertad la influencia que jamas pudiera deber á la extension de su territorio. Ve que la Francia accede á las determinaciones de las tres primeras potencias contra la libertad que ella misma ha consignado en su constitucion, contra la independencia de Italia, eterno objeto de rivalidad entre el Austria y la Francia contra el reyno de Nápoles, unido á la Francia con todo género de vinculos: ve en fin que la Inglaterra cuyos intereses políticos no pueden recibir grande altera-

cion por las revoluciones y guerras de Italia, ha manifestado mas denuedo contra la ambicion poco encubierta de las grandes potencias, que la misma Francia, á la cual se le va á abrir en Italia, perpétuo teatro de sus triunfos, la tumba de su gloria y tal vez de su independencia.

Pero conforme se vaya examinando mas cuidadosamente el estado actual de la Francia, se verá que no debe atribuirse á la nacion la debilidad en que ha caido. Si ha dado pasos atras, cuando el impulso comunicado por ella á la Europa continúa marchando victoriosamente, no es culpa suya, sino de aquella faccion insensata que ensangrentando la revolucion, pasó mas adelante de los límites que la libertad se impone á sí misma. Nosotros empezarémos á contar todas las desgracias de la Francia, desde aquel momento en que se sustituyó al régimen constitucional el revolucionario, á las formas legales de la justicia las leyes y los tribunales de excepcion, y en fin, á la verdadera libertad la tiranía de los anarquistas. Entonces el espíritu del pueblo francés, comprimido por el terrorismo, conoció el abismo en el cual iba á precipitarse, y nada le pareció

peor que el sanguinario gobierno de Roberspierre. Por esta razon sufrió pacientemente el gobierno tan insolente como débil del directorio, la irrisoria república consular, el despotismo militar bajo el nombre de imperio, el orgullo y los rencores de los emigrados restituidos, y la camara de 1815. El pueblo francés ama las instituciones liberales, es idólatra de la gloria nacional; y si una funesta esperiencia no le hubiera enseñado cuánto cuestan las revoluciones, tiene vigor sobrado para obligar á su gobierno á colocarse en el lugar que le pertenece entre las potencias de Europa. Mas teme, no al Austria, no á la Rusia, no á la Inglaterra, no á su ministerio, sino á la exageracion de los principios, á la exaltacion de las pasiones, á la facilidad que adquieren los malvados en tiempo de convulsiones para calumniar, perseguir y degollar impunemente. Se acuerdan de las proscripciones de 92 y 93, y no quieren dar á la juventud actual los espectáculos funestos que horrorizaron á sus padres.

¡Oh cuánto es de desear que aquella terrible leccion sirva de escarmiento á los pueblos que entran de nuevo bajo el im

perio de la libertad! La senda constitucional, aunque estrecha, aunque escabrosa en algunos puntos, es sin embargo manifiesta é imperdible. ¿Cuál es la marcha que debe seguir un pueblo que quiere ser libre constitucionalmente? Castigar con la misma vara de la opinion pública á los que le aconsejen caer ruin é infamemente á los pies de un monarca absoluto y de una aristocracia privilegiada; y á los que le inciten á quebrantar el freno de la autoridad constituida, y á atacar la dignidad real; herir con la misma segur de la justicia á los que conspiren contra el sistema representativo, só color de fidelidad al rey, y á los que conspiren contra la autoridad real, só color de amor á la libertad. Es muy difícil, lo sabemos, conservar el justo medio entre estos extremos; pero el peligro que hay en ellos, ya de la esclavitud, ya de la anarquía, debe empeñar á las naciones en estudiar y adoptar con sumo cuidado todos los recursos imaginables para no declinar á derecha ni á izquierda. Todos los exaltados, ya á favor de la licencia, ya á favor de la tiranía, no tienen mas que un entusiasmo facticio que sirve de capa á sus intereses particulares

y á sus pretensiones ambiciosas. Toda exageracion es hipócrita, ya sea en virtudes políticas, ya en religiosas. El ansia de destinos, de riquezas ó de venganzas, es la verdadera causa de los furores que observamos en los apóstoles del servilismo y en los fautores de la tiranía popular. Perdonesenos esta digresion en favor de la importancia de su objeto.

No censuramos á la nacion francesa por la indiferencia con que su ministerio mira la suerte de la Italia: censuramos al ministerio mismo. Hasta ahora no se sabe con certeza hasta qué punto se estiende su adhesion á las medidas que se han adoptado en el congreso de Laybach contra el reyno de Nápoles; pero nos basta el ver tranquila á la Francia, cuando el Austria ocupa la península con numerosos escuadrones, para que tengamos derecho de acusar al gobierno francés, aun cuando este no hubiese cooperado á la agresion. Las circunstancias actuales son las mismas que las que se verificaron antes del repartimiento del antiguo reyno de Polonia. Las mismas potencias se armaron, y la Francia parece que está dispuesta á tener con ellas la misma connivencia. ¡Con cuánta

aspereza ha sido reprehendida por los publicistas la indolencia del ministerio francés, que dejó entonces á los polacos entregados á su infortunio y al arbitrio de los gabinetes que codiciaban sus despojos! Se ha llegado á decir que de aquella indolencia han procedido casi todos los males de la revolucion francesa; y en efecto, ni las coaliciones hubieran sido tan terribles ni tan numerosas, si la Francia hubiera tenido por centinela avanzada hácia la frontera oriental de Europa á la república de Polonia. La destruccion de este estado facilitó á la Rusia, ademas de todas las comunicaciones necesarias con la Alemania, la transposicion de sus fronteras primero al Vistula, y despues al Oder. Los escuadrones rusos no hubieran insultado las orillas del Pó, ni las del Sena, si el gobierno francés hubiese roto valerosamente la incomprehensible alianza que el cardenal de Bernis le hizo jurar con la casa de Austria, su eterna é irreconciable enemiga.

Y ¿se repetirá ahora el mismo yerro? y ¿la Italia sufrirá el mismo destino que Polonia? ¿y los ministros de Luis XVIII caerán en las mismas necedades que desacreditaron á los de Luis XV y Luis XVI?

La Francia conoce ya sus fuerzas; conoce las fuerzas de la libertad: dos grandes naciones le brindan con las suyas, para que se empleen todas reunidas, no en fundar el orgulloso imperio de un conquistador ambicioso, sino en asegurar los derechos de los hombres libres, y la independencia de los estados y el equilibrio de Europa. Y por complacer á una faccion insensata, que no tiene mas patria que sus privilegios, ni mas ambicion que la de servir altivamente en el palacio del príncipe, ¿dejará pasar el ministerio la ocasion, quizá única, de restituir á su nacion el esplendor que le es debido, y levantarla del estado de humillacion á que la han reducido sus últimas calamidades? Que no tema la guerra: la manera de evitarla es ostentarse siempre dispuesto á sostener el honor propio y los intereses mas sagrados de las naciones.

En la terrible lucha que va á empezarse, se trata nada menos que de crear un triunvirato européo, no menos temible que el fastuoso imperio de Napoleon; porque en el momento que la fuerza de las bayonetas haya establecido por principio, que *nadie es dueño de su casa sin el con-*

sentimiento de las grandes potencias, queda erigida indispensablemente la tiranía triunviral, y se abre el camino para una série interminable de guerras. Hoy incomoda que Nápoles haya adoptado la constitucion de España: mañana se pondrá en combustion la Alemania para que la nobleza de Wurtemberg recobre sus antiguos privilegios: otro dia se indignarán de que en Francia haya quedado un asilo á las ideas liberales en la tribuna nacional; y ¡oh! si pudiesen poner un yugo á esa desenfrenada libertad de imprenta, que atormenta á los ingleses, y que ha sido la verdadera causa del movimiento general á favor de los gobiernos representativos! Las bayonetas austriacas y rusas correrian de nacion en nacion, constituyéndolas á todas, y haciéndolas felices bajo el azote del vengado despotismo. Este no es cuadro imaginario; si se les deja, harán todo esto y mucho mas, para no permitir que *decayga el orden social*, y para castigar á los pueblos y á los individuos, que no reconozcan que la omnipotencia de los monarcas y la dominacion de los aristocratas han sido concedidas por el cielo á los miserables humanos para su bien y consolacion.

Las grandes potencias se apresuran á emplear los argumentos y la lógica propios del poder absoluto, es decir, los cañones y los soldados, y hacen bien. Si tardan, podria llegar el caso, segun son contagiosas las ideas liberales, en que no encontrarian tropas que quisiesen guerrear contra la libertad. La actual cruzada que es la segunda contra los derechos de los pueblos, encuentra á la Europa en un estado muy diferente que la primera. En 1792 el amor al poder absoluto era un fanatismo: en el dia no es mas que una especulacion. El servilismo ha perdido ya á los ojos de los pueblos todos los prestigios de que por tantos siglos le habian rodeado el error y la supersticion. La generacion actual ve en la monarquia una magistratura, no un derecho independiente de las instituciones humanas; en el privilegio, un abuso creado en los siglos bárbaros; en los ministros del altar, los anunciadores de la divina palabra y de la moral evangélica, no los árbitros absolutos de las naciones y de los gobernantes. Esta es la disposicion actual de los ánimos; y no es ya posible armar las naciones en nombre del cielo contra un estado que defiende sus

derechos; no es ya posible organizar una coalicion de pueblos: mucho harán si consiguen formar una alianza de gabinetes.

El ministerio frances, y aun la faccion ultra-realista deben considerar que si está en sus principios oponerse á los progresos de la libertad, es contra sus mismos intereses favorecer á los opresores de la independencia; y pues que son tan sagrados para ellos los principios políticos de su antigua monarquía, acuérdense que Catalina de Medicis y Enrique IV favorecieron la independencia de la Holanda; Luis XIII la de los príncipes protestantes de Alemania; y Luis XVI la de la América. ¡Con cuánta mas razon deberá Luis XVIII favorecer la de Italia, sin la cual será precaria la de la Francia misma!